



Estudiantes de la Universidad de París, inconformes, hacen su vida junto a las aguas del Sena.

congruente. Todo del mismo color, el pan y el hábito. Sin horizontes. Cara al sol. Hoy, sin embargo, mirad las «boîtes» psicodélicas, los nuevos y fervientes ritos de quienes se agitan en el mosaico. Salen jóvenes, sin prejuicios, «hot pants» y evasión variada.

Que expliquen que Marx ha muerto, la verdad del funcionalismo. Que expliquen en su cátedra la desaparición de las clases y la necesidad de la conciliación. ¿Clases antagónicas? No, ni eso. En convergencia de intereses. Simples desajustes que se van reduciendo,

para bien de todos. Los nuevos conformistas adquieren sentido crítico para saber que no es tolerable una tasa de crecimiento inferior a... Lo saben todo. Hasta las estructuras y las formalizaciones. Tenemos criterios precisos sobre lo que debe ser o no el progreso, el desarrollo, la libertad. Para que no cambien.

V

¿Nuestra sociedad de hoy se halla acaso gobernada por inconformistas de ayer? No decimos tanto. Los conformistas de siempre tienen su peso. El cambio de relaciones en el bloque dominante no da para tanto. Pero co-gobernadas, quizá sí. Las formas, eso es superior al inconformista. Cambiar las formas, su inquietud. Bien, la tecnocracia facilita el camino. El modelo 71 utiliza la **conformocracia**. Y ante la marea de inconformistas ayer-conformistas hoy, ¿qué pensar?

El conformismo es un subproducto social, una sub-actitud que hoy se propone como modelo de triunfo social, de la **reussite** si queremos acuñar un galicismo. Se trata del nuevo proyecto que se propone a las clases medias, al hombre organización, a las clases en las que hallamos el modelo de modelos del conformismo. Pues ya lo dijo C. W. Mills hablando de sus gentes medias: «Las gentes **white-collar** han penetrado suavemente en la sociedad moderna. Cualquiera que haya sido su historia, ha sido

una historia sin acontecimientos; cualesquiera que hayan sido sus intereses comunes, no les han conducido a la unidad; cualquiera que sea el futuro que les aguarde, no será obra suya. Si aspiran a algo, es a un curso intermedio, en una época en la que no hay curso intermedio posible, o sea, a un curso ilusorio en una sociedad imaginaria». He aquí el conformista sin historia, sin unión, sin solidaridad posible, sólo consigo mismo.

Pues todo lo que se refiere a este tema queda en el marco de una cultura de élite de diverso género. En otro mundo se habla de burgueses y proletarios, de clases, de traidores o militantes. Allí se llama al pan, pan, y al vino, vino. El que se conforma se desclasa. Las formas ocupan menos. Allí se trata de construir, de cambiar el fondo de todas las cosas. Sin tregua.

A los **white-collar** se suman los frustrados inconformistas de ayer que creyeron poder mantenerse firmes, sin práctica de lucha, desorganizados, aislados con la lanza de su genialidad. Y así quienes podrían haber aportado sentido crítico y su granito de arena a la tarea colectiva, prefirieron su «solidaridad en la soledad». Pues, ¿de qué sirve un inconformista desorganizado?

**Nota final:** Sin ánimo de ofender nos atrevemos a preguntar al mismo tiempo: ¿De qué sirve también un organizado-conformista? ¿Por qué los que tienen fe en los principios finales —la fe que fuere y en lo que sea— tienen que ir matando el sentido crítico al inconformista? ■ A. C. C.

# LA EXALTACION DEL ORDEN

DIONISIO RIDRUEJO

El adjetivo «conformista» procede de un contexto religioso y local. Aún el penúltimo diccionario de la Lengua no da a la palabra otra acepción que la de «el que en Inglaterra está conforme con la religión oficial del Estado». Pero ya en ese primer contexto —como indica el sufijo— el conformismo significa el ejercicio de una opción. Su negativo, el inconformismo, es, por necesidad, de formación simultánea a su contrario. La ampliación semántica del adjetivo está a la vista. Hoy se refiere tanto a la ciega adhesión a las ideas, valores y gustos de la mayoría como a la aceptación sin reservas y al pleno acomodo en el orden cons-

tituido, ya sea religioso, social o político. En rigor, hay conformistas e inconformistas desde que se ha podido pasar —para usar la útil distinción de Ortega— de la insurgencia contra los «abusos» de un orden que nadie pensaba discutir en sus fundamentos, por considerarlo natural o sacro, a la rebelión o protesta contra el «uso» mismo, cuyos fundamentos quedan afectados por la actividad de la razón crítica de los hombres. Pero aún convendrá añadir que el conformista no es necesariamente el que cree en el orden al que se acomoda, sino el que, aun considerándolo defectivo, no puede o no osa imaginar ni esperar otro mejor. El

inconformista es, en cambio, el hombre que usa su razón crítica en función de una esperanza de perfeccionamiento o transformación del mundo, empezando por afinar la propia conciencia. Esperanza que puede relacionarse con una utopía o imagen de un orden perfecto, en el cual el inconformismo dejaría de tener sentido y el conformismo no sería ya ni siquiera mera conformidad, sino propiamente ajuste. Pero ajuste penúltimo, porque todo ajuste está acechado por la corrupción. Por ejemplo, la utopía del socialismo libertario —la más atractiva de todas— propone un mundo en el que no sólo deja de haber opresores y oprimidos, explota-

dores y explotados, etcétera, sino en el que no hace falta sombra alguna de coacción, puesto que el consenso perfecto, logrado por un imperativo ético derivado de la razón, la haría innecesaria, y en el que incluso las desigualdades naturales e irremediables serían socializadas como contribución voluntaria de los mejor dotados al éxito de la comunidad, resultando el todo una obra armoniosa de la libertad moralizada. Claro es que, llegada a este punto, sería siempre posible el retroceso, para lo cual el inconformismo no debe proceder a su desarme.

Pero, cuidado. La utopía puede representar una fuga. Sabido es



## CONFORMISTA MODELO 71



«La acción, o dicho de otro modo, la conducta, es, en definitiva, la que caracteriza de verdad tanto al conformista como al inconformista». («Acción» en las calles parisinas durante el mayo de 1968.)

que la utopía fue género literario en las épocas en que nadie creía poder transformar la sociedad históricamente dada. De otra parte, querer demasiado —querer mucho más de lo que objetivamente se puede— puede equivocar a no querer nada. La utopía, pues, es un indicador ético, a veces de gran fuerza, pero el inconformista genuino concede prelación a la crítica rigurosa de la situación que le rechaza porque él la rechaza y, claro es, a la acción consecuente a esa crítica. El inconformista, pues, será activo o no será inconformista. Lo cual nos da, por contraposición, otra nota esencial del conformismo: la pasividad. El conformista no es el reaccionario, ni siquiera el conservador, con tal de que vaya a la cabeza de su grey. Estos pueden ser muy activos, aunque se guíen por una utopía pesadista o se instalen en un pesimismo de conveniencia. El conformista pasivo, el genuino, acepta simplemente, y si acaso actúa, lo hace por obediencia a los poderes dominantes de la situación a la que se siente acomodado. Ni siquiera es necesario que esa situación le convenga. A la gran mayoría conformista que se da en cualquier situación podría convenirle más otra situación. Pero, o bien no

lo cree, o bien se ha dejado adormecer con el espíritu crítico, las facultades de creer y esperar.

Al hablar de conformismo ha saltado a la pluma la palabra mayoría. La mayoría, en efecto, tiene generalmente a la acomodación y a la pasividad, a la imitación recíproca, a la desconfianza de las novedades, incluso a la forma arcaica del conformismo que se llama resignación. Esta fatalidad fue, como es sabido, apreciada por Trotsky y por Lenin en lo que se refiere a la estrategia de la lucha de clases y por Ortega en lo que se refiere al progreso histórico ordinario. De ahí el riesgo de que el inconformismo —generalmente minoritario, al menos como lucidez y actividad— comporte un cierto grado de elitismo o aristocratismo que sólo en condiciones bien estudiadas dejará de estamentalizarse para convertirse en fermento y motor de una nueva conciencia colectiva. De ahí la preferencia del inconformista genuino por la sociedad abierta. Porque con frecuencia el inconformismo triunfante propende a considerar al conformismo propio de la mayoría más que como un obstáculo a remover como una facilidad a aprovechar.

El conformismo comporta, pues, y al menos, estas notas:

mimetismo rutinario, sobreestimación de lo habitual, desesperanza sobre el progreso y pasividad en los asuntos públicos. Estas notas no expresan necesariamente una coherencia. Cabe, por ejemplo, que la voluntad de ser como todos, de vivir indiferenciadamente, no lleve a la conformidad política-social, sino a lo contrario. De la misma manera, el inconformismo radical en cuanto espíritu de distinción, ruptura, individualización a toda costa, puede ser perfectamente indiferente a la voluntad operativa destinada a la transformación de las condiciones dadas. En el romanticismo, por ejemplo, el espíritu de distinción y ruptura fue nota general. Pero hubo románticos revolucionarios, contrarrevolucionarios, conservadores y hasta conformistas por referencia a la sociedad de la que se proponían «extrañarse». El fenómeno es observable ahora mismo, cuando empieza a divulgarse —a convertirse en uniforme— el atuendo y caracterización del inconformista neo-romántico e incluso su pura y declamatoria adhesión a utopías tan lejanas que a nada comprometen inmediatamente. La acción, o dicho de otro modo, la conducta es, en definitiva, la que caracteriza de verdad tanto al

conformista como al inconformista. Ser conformista es permanecer pasivo. Ser inconformista es luchar.

Avancemos un paso más: no es evidente que en todas las circunstancias la mayoría sea conformista. En ciertos momentos solamente lo ha sido por sobre de opresión. La extensión actual del conformismo parece, sin embargo, clara. Para que el conformismo se produzca, las condiciones óptimas parecen: primero, un razonable nivel de satisfacción en las condiciones de su propia vida por parte de la mayoría; segundo, una considerable densidad de adoctrinamiento, tanto más eficaz cuanto más monolítico resulte el centro emisor, esto es, cuantas menos opciones conceda al pensamiento propio, y tercero, un alto grado de coerción por parte de los Estados o de los grupos poderosos que encarnan una situación determinada, siendo más eficaz, naturalmente, la coacción oficial absoluta que la presión, necesariamente contradictoria en más o en menos, de los grupos parciales.

Hoy parece que la mayor extensión del conformismo se produce en la Unión Soviética, que cumple cabalmente con las tres condiciones señaladas. Sea cual fuere el nivel de vida relativo en aquel semicontinente, parece claro que el ciudadano soviético tiene resueltas, sin desazones competitivas, sus necesidades fundamentales. Por otra parte, los contrastes sociales se limitan a la jerarquía de privilegios que comporta la jerarquía de funciones. En fin, el ciudadano soviético, en virtud de su revolución, cree encontrarse ya en el umbral de una era que representa la superación de un secular proceso histórico proyectado hacia la meta en que él vive instalado. Esta última convicción, claro es, puede muy bien ser obra no tanto de las condiciones objetivas como del adoctrinamiento, y queda por ver —con la prueba de la libertad que aún no se barrunta— lo que aún pesa la coacción como elemento de «integración» social —aunque el ciudadano soviético se vea libre ya de los temores de la época stalinista—, que homóloga su conformismo genuino con el conformismo forzoso de las dictaduras conservadoras, privado de opciones.

Algo menos extenso que en la Unión Soviética parece ser el conformismo en los Estados Unidos —la mayoría silenciosa, cosa distinta de la silenciada por las dictaduras—. El nivel de vida y las condiciones de comodidad, incluidas las libertades que algunos llaman formales, del ciudadano americano son óptimas, excepto para el 5 por 100 de la población (los diez millones de pobres con-



Las mejores Marcas de Climatización firmarían con gusto este traje. Pero... naturalmente, ya va firmado

**Boyman**



la garantía que acompaña a las auténticas prendas Tergal

La comodidad se une a la elegancia, para brindar plena satisfacción al hombre que desea vestir bien "pese al termómetro". Trajes ligeros, bien cortados, línea actual, en alta calidad textil... son trajes BOYMAN. ¡Y, a punto de vestir!







## Hay quien puede y quien no puede...

Realmente no basta solo con querer para poner un nuevo día. Para poderlo todo en fotografía hace falta una cámara sin límites, a tope de posibilidades. Yo, podrá fotografiar el primerísimo plano del ala de una mariposa, la vida de un hormiguero, un bolido lanzado a 300 Kms. por hora, increíbles contrastes de luz, de calidad. Y además con la simplicidad de manejo típica de las cámaras Instamatic: carga instantánea, enfoque y disparo. Ajuste automático de la exposición para cualquier grado de luminosidad y obturador electrónico. Dispositivos especiales de acoplamiento para distintos tipos de objetivos. Una amplia escala de velocidad desde 1/500 de segundo hasta exposiciones de 20 segundos. Y otras muchas características que Yo mismo descubriré cada vez que tenga en sus manos la cámara Instamatic Reflex de Kodak. Después comprenderá por qué "hay quien puede y quien no puede". Sus fotografías lo demostrarán.

**Con la Instamatic Reflex  
de Kodak, sí se puede.**



PELICULAS  
**Kodak**  
CAMARAS



## CONFORMISTA MODELO 71

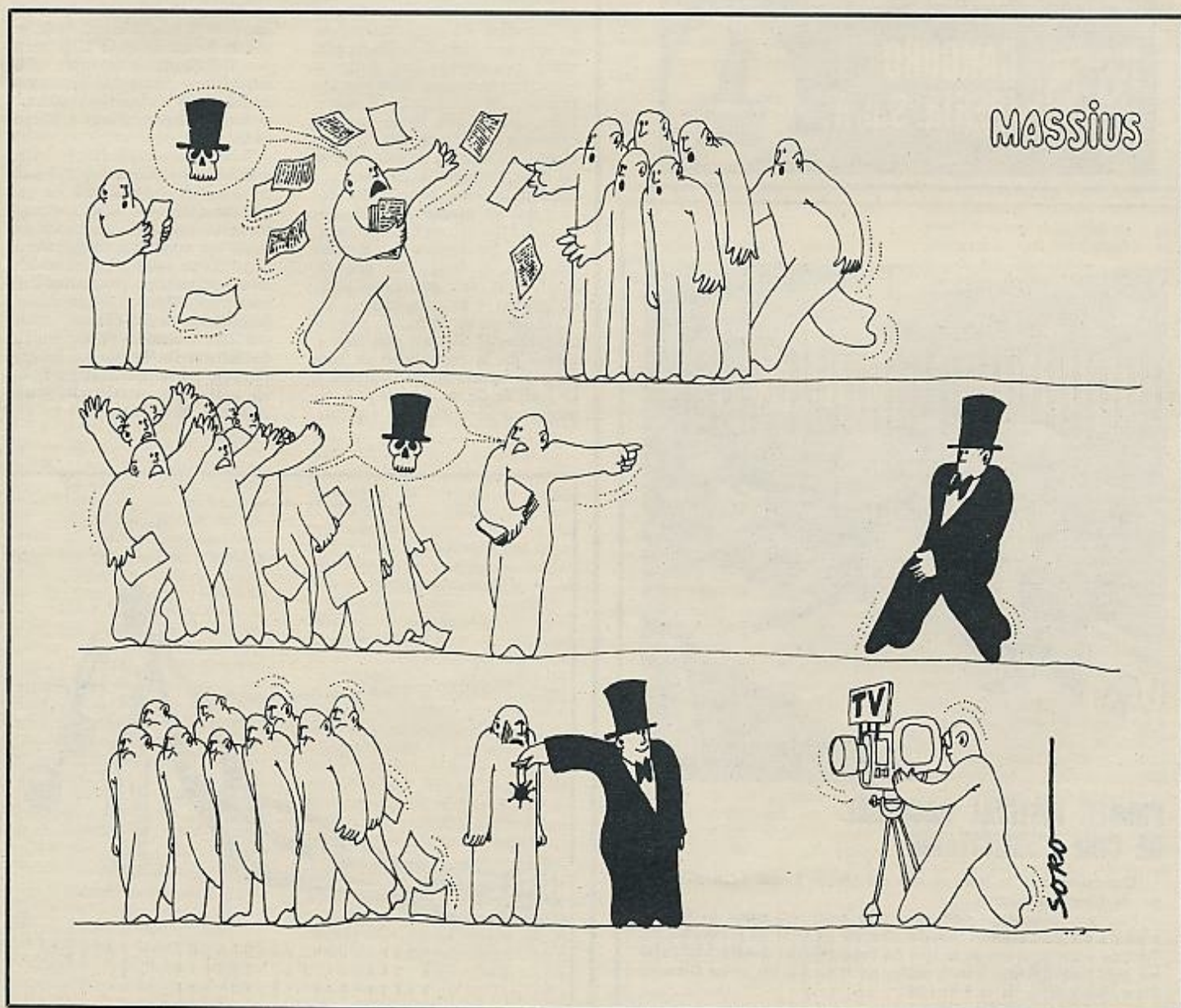
lesados estadísticamente) y para las minorías discriminadas o mal asimiladas: negros, chicanos, portorriqueños, etcétera. Existe también la nota del adoctrinamiento por presión de los poderes indirectos sobre los instrumentos de comunicación de masas. Pero tal influencia no es monopolar, representa diversas opciones, y en muchos casos da resonancia, aunque no pleno servicio, a los movimientos inconformistas. La presión coactiva es, por otra parte, cierta, pero tasada, condicionada a unas reglas del juego y más bien privada cuando se ejerce con violencia. Estas mitigaciones permiten a la democracia americana disponer de un correctivo inconformista que va creciendo en ac-

tividad y extensión. Se trata de un movimiento minoritario que cuenta como fondo, y a veces implica en sus acciones, a las minorías sumergidas. Seguramente no es oro todo lo que reluce. Dos peligros acechan al inconformismo americano activo: uno es la totalización de su estrategia en la utopía con desprecio de elementos y condiciones sumamente aptos para impulsar las transformaciones más necesarias. El otro es el disfraz, el inconfeso pero evidente narcisismo, esteticismo o dandismo, a la inversa de muchas actitudes personales y grupales. Pese a estos escollos, el inconformismo americano arroja torrentes de luz crítica sobre una civilización amenazada de rigidez y maquiavelismo.

No es muy diversa la situación en la Europa desarrollada, aunque ciertos rasgos esenciales difieren: la homogeneidad social en la satisfacción es menor, las oposiciones de intereses más fuertes —basta pensar en el estilo que la clase obrera adopta a uno y otro lado del Atlántico—, las tensiones ideológicas más complejas y matizadas. El conformismo tiene así un cuerpo menos compacto y puede ser más bien opción conservadora que conformismo pasivo. Ni sobre el Oriente ni sobre el África me permitiré conjeturas: ¿Qué significa el «inconformismo de Estado» de la China Popular? ¿Tiene algo que ver con la dicotomía conformismo-inconformismo el África tri-

bal que, generalmente bajo dirección minoritaria, va adoptando modelos nacionales?

El campo más vivaz del inconformismo actual parece Hispanoamérica, cuyos problemas estructurales, denunciados por los niveles de vida, se relacionan estrechamente con la vacilación e insuficiencia de las fórmulas políticas practicables. No hay, en la mayor parte de los países de ese gran trozo del planeta —grande y potencialmente rico—, ni satisfacción ni medios suficientemente densos y elocuentes de adoctrinamiento. Puede haber, eso sí, coerción. Pero ya hemos dicho que el conformismo profundo, consentido, no es principalmente obra del miedo, aunque el



MASSIUS

SORO



# a Italia por mar en Canguro



**BARCELONA — GENOVA**

- Salidas de Barcelona: lunes, martes, jueves y sábados a las 17 h.
- Salidas de Génova: lunes, miércoles y viernes a las 13 h.

a bordo de los modernísimos transbordadores **CANGURO**.

El medio más cómodo y económico para viajar a Italia.

- Aire acondicionado en todo el buque.
- Restaurante/"self service"/ 2 bares/cine/TV/Boutique-Bazar.

- Pasajeros con o sin coche
- Precios desde 1.130,- ptas.
- Bonificación por ida y vuelta.
- Descuentos para grupos. Autopullman gratis.

Información en las oficinas de YBARRA o sus AGENTES y en todas las AGENCIAS DE VIAJES.



**CANGURO  
IBERIA, S.p.A.**

La Autopista sobre el mar



## PRIMER FESTIVAL NACIONAL DE CINE PUBLICITARIO

El próximo mes de junio se va a celebrar el Primer Festival Nacional de Cine Publicitario.

Para presentar dicho certamen tuvo lugar una rueda de Prensa, ofrecida por don Esteban Bassols, director general de Promoción del Turismo —que aparece en la foto en compañía del director del Festival, don Jesús Ulled—, con la activa participación del señor Giménez Coral, subdirector de la F.O.I.M.

## CONFORMISTA MODELO 71

miedo puede fabricar sus apariencias superficiales.

¿No cabrá entonces pensar que también en otras regiones o países, donde el poder coercitivo ha destruido las condiciones de libertad, sin las cuales el inconformismo sólo es fuerza latente y ha impulsado a masas y a minorías a una privatización cínica o resignada, el conformismo sea solamente un fenómeno de superficie? No falta en algunos de ellos el adoctrinamiento hábil y machacón ni el sistema metódico de diversiones opuestas al interés por las cosas públicas y al estímulo por una viva autoposesión humana, impensable sin el ejercicio crítico. Pero falta, en cambio, la satisfacción que hace fácil y hasta dichoso el acomodo. Por lo que se refiere a lo que tengo más a mano, estudié en otra ocasión la génesis de lo que yo llamaba «la constitución de un desierto», encontrando en ella raíces psicológicas muy antiguas —contrapuestas por vivos despertares—, pero también, y sobre todo, operaciones mecánicas de extinción muy recientes. Y adivinaba, en función de esto, que el tal desierto había de ser, por necesidad, un suelo germinante. Parece que en situación tal, la función del inconformista arriesgado, como barrenador del terreno desecado en busca del germen profundo, sea particularmente obligatoria y prometedor.

¿Quién es, en definitiva, ese inconformista? Alguien que cree y espera en la posibilidad de mejorar el mundo de los hombres y la justicia de su comunidad, alguien que identifica esa esperan-

za con el trabajo de construirse a sí mismo, homogeneizándose a través de una limpia aclaración de la conciencia y no cree, más allá de la necesidad que espera, en el mesianismo mecánico del grupo distinguido. Alguien que —en definitiva— se deja guiar por el compromiso moral, exigiendo una coherencia entre lo que él mismo consigue dentro de sí y lo que desea objetivar para todos. En términos simples diría que el inconformista es, en definitiva, el liberal, si por tal se entiende no el que cree que todo está resuelto con unas proclamações formales, un parlamento legislador y una empresa económica libre —un liberal puede ser colectivista en economía, aunque no burocratista—, sino el que se considera agente obligado de un dinamismo histórico perfectivo y sin término y que, entre la crítica severa y la utopía conductora, no pierde nunca de vista ni la realidad del campo a trabajar ni el destinatario de todas las transformaciones sociales y políticas: el hombre mismo, uno e irrepetible.

Terminamos aquí. Hemos visto a lo largo de nuestro deshilvanado discurso cómo la relación originaria entre los adjetivos conformista e inconformista ha variado por completo, otorgando al negativo un valor positivo y dando una valoración peyorativa a su contrario. Algunos acomodados, desencantados o cínicos, dirán que esa inversión es testimonio de locura. De la locura de que estamos hartos necesitados: la de un quijotismo ponderado y sin ridiculidad. ■ D. R.

